

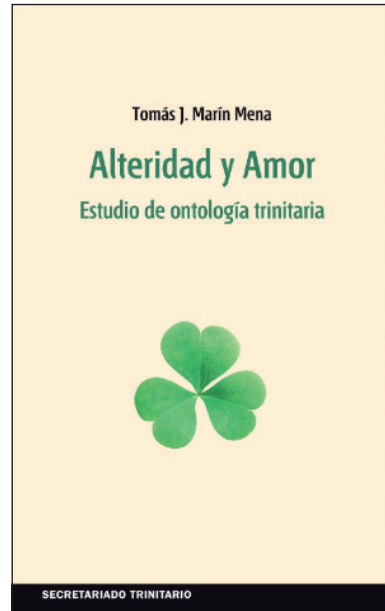
Marín Mena, T. J. *Alteridad y amor. Estudio de ontología trinitaria* (Colección Ágape 56). Salamanca: Secretariado Trinitario, 2023. 368 pp.

El autor, ya desde el comienzo, declara el cometido de su obra: “Este ensayo propone la tesis de que los conceptos de alteridad y amor –asumiendo su complejidad, desplegada a lo largo del presente texto– pueden articular una ontología trinitaria” (p. 53). Esta claridad se mantiene de principio a fin en la redacción, en la estructura y (lo que es más infrecuente) en la declaración de intenciones. Está precedido por un prólogo de Xabier Pikaza, más bien de índole personal, y sucedido con un epílogo del autor exponiendo algunos momentos de gestación de la obra.

Las categorías de análisis subyacentes a la comprensión del libro son las de alteridad y relación, esta última en su modalidad de amor, es decir, relación que aspira a la comunión. Estas categorías –cuya validez se asume expresamente como presupuesta (p.53)– se consideran como las propias y definitorias de la Trinidad cristiana, y dado que ésta sería principio del ente, aquellas son entonces susceptibles de constituir una ontología trinitaria, consecuencia natural de la proyección de la alteridad y el amor divino en las entidades.

La alteridad y relación –que por decirlo así, configuran una especie de eje horizontal en la Trinidad– se proyectan sobre un eje vertical de trascendencia e inmanencia. Desde estas categorías se analiza el pensamiento de autores significativos de la filosofía contemporánea, escogidos para mostrar los contrastes y semejanzas con esta alteridad–relación. Las siguientes partes del libro, por tanto, están dedicadas a la exposición y contraste de estos autores. En la sección dedicada a la ontología de la inmanencia se critica a Hegel y Deleuze, en parte como continuadores o culminadores de la filosofía griega (Hegel), en parte como reintrodutores de un pensamiento pagano (Deleuze). En la sección dedicada a la ontología de la trascendencia se examina a los filósofos judíos Rosenzweig, Buber, Weil y Levinas. En oposición a este último aparece también Heidegger, pero contemplado través de la crítica de Levinas. La selección de autores, lejos de ser arbitraria, resulta bastante ilustrativa de la tesis principal del libro y de su metodología conceptual.

A continuación, para completar la clásica estructura de tesis, antítesis y síntesis, el siguiente capítulo presenta las propuestas integradoras de alteridad y comunión (y en cierto modo también de inmanencia y trascendencia) centrándose en dos modelos de ontología trinitaria. Aquí se transita de los filósofos a los teólogos, en las figuras de Zizioulas y de Greshake, con modelos contrapuestos.



BIBLIOGRAFÍA

Finalmente, en la última sección se sintetiza todo lo examinado previamente, se ensaya un modelo de reconciliación entre Zizioulas y Greshake y se presentan unos jalones para la constitución de una ontología trinitaria.

Obsérvese que en este orden trazado de inmanencia–trascendencia–integración también está implícito el siguiente tránsito: paganismo (visto como algo superable: antítesis), judaísmo (visto como base o fundamento: tesis), cristianismo (visto como el modelo ideal: síntesis). Este esquema, paradójicamente hegeliano, en realidad no es más que la actitud clásica –el gesto, que diría el autor– de la teología cristiana frente a estas dos religiones.

En la sección relativa a los autores inmanentistas, la aplicación de las categorías de alteridad–relación alumbró un resultado predominantemente crítico. Así, en Hegel el principal problema que se plantea es el esquema clásico que estructura su pensamiento: yo inmediato en sí mismo; despliegue fuera de sí, hacia el otro; repliegue hacia sí mismo, pero de modo autoconsciente. El autor señala que la finalidad de este esquema, el repliegue autoconsciente, desdibuja la alteridad, puesto que no se trata más que de un viaje del yo hacia sí mismo, habiendo pasado por el otro. De esta manera, el valor del otro adquiere cierto carácter instrumental. En Hegel, la Trinidad no sería más que un único sujeto que se conoce a sí mismo través de las tres personas divinas. El gesto hegeliano, dice el autor, es hacia la dinámica ensimismante del yo. Políticamente, además, conlleva la contraposición del individuo con la comunidad. En el caso de Deleuze, la inmanencia extrema de su propuesta ocasiona que no se pueda aceptar completamente la alteridad –al menos la alteridad de la trascendencia– dado que el nómada deleuziano es completamente opuesto a toda reglamentación. Podría decirse que se opera un cierre en torno a la categoría de inmanencia. Además, la afirmación de la vitalidad del individuo condiciona al otro, que queda supeditado a ésta, lo que afecta a la alteridad. Desde las categorías básicas de análisis del autor, que ya se han explicitado, es perfectamente comprensible que declare que el pensamiento de Deleuze en realidad es un tipo de paganismo completamente opuesto al judeocristianismo.

Precisamente por esto, la segunda parte del libro, dedicada a autores de trascendencia y alteridad, resulta mucho más concordante con el establecimiento de una ontología de la alteridad y el amor. Siguiendo a Rosenzweig se cuestiona la tendencia de la filosofía hacia la generalización o totalización. El individuo deja de interesar para pasar al todo general, por lo que la alteridad se vuelve abstracta. La verdad, sostiene, sólo pertenece a Dios y sólo puede hallarse en este, pero salvando siempre la distancia que distingue a Dios del mundo. Es decir, que Dios es más que la verdad y excede a su propia esencia. La tríada de Dios, mundo y hombre no pueden cerrarse y definirse en una idea, porque la exceden. El individuo, incluso en su relación cercana, que es denominada “yo–tú”, establece una verdadera alteridad con “él” que es quien excede ese binomio. Ninguno se difumina en dicha relación, que es también la que tiene Dios con los individuos concretos y con el mundo, ofreciéndose para esa incorporación en el “yo–tú”, pero al mismo tiempo excediendo siempre el todo.

El punto de partida de Buber es cercano a este. El ser humano sólo es comprensible desde la relación. La relación “yo–tú” requiere considerar al otro como un sujeto y no como una cosa a su alcance. Por eso se fundamenta en la reciprocidad. Como esta relación subjetiva no es objetivable, entonces se trata de algo que

está fuera del mundo objetivo, por lo que conlleva una apertura a la trascendencia. Además, es inmediata: no hay nada entre el “yo-tú”. La única crítica que apunta el autor es que este modelo relacional dificulta pensar en el otro como tercera persona, sea “él” o “ella”. En Weill, el amor requiere una distancia, una separación que fundamenta la alteridad, que posibilita el amor y la contemplación del otro. Aquí se apuntan ya algunas nociones de ontología trinitaria, puesto que Dios es encuentro puro y el ser humano asume esta separación, para empezar con respecto a lo trascendente, pero en la relación entre el Padre y el Hijo se asume también esta separación en el momento de la crucifixión, que es la máxima distancia entre el Padre y el Hijo, distancia que también es amor. El autor concluye estableciendo unos fundamentos de ontología trinitaria basados en este juego de miradas, en esta intersubjetividad constante de la obra de Buber y Weill.

Para Levinas, la historia de la filosofía ha encerrado al sujeto en sí mismo frente al otro, consagrando una ontología de la guerra desde Heráclito, ontología que está implícita en la obra de Heidegger, en cuya crítica se centra Levinas. Heidegger se centraría en lo ontológico, mientras que Levinas toma como referencia lo óntico. El ser no sería más que un intermediario (o una reducción al universal) frente a los entes concretos, lo que lleva al olvido del otro. Para Levinas, por contra, el encuentro con el rostro del otro, sin la intermediación del ser, tiene cierto carácter fundante, al menos en el plano ético, puesto que hace brotar la responsabilidad. El otro rompe el ensimismamiento filosófico. En este capítulo el autor hace claramente suyas las posiciones de Levinas.

En la parte tercera, el autor expone de modo preciso las teologías de Zizioulas y de Greshake como modelos de ontología trinitaria. La preferencia por Levinas se proyecta aquí también, puesto que se establece una suerte de diálogo basado en la crítica de Zizioulas a Levinas. El autor intenta defender las posiciones de este último para acercar a ambos autores a la concordancia. La base teológica de Zizioulas es la negación de una substancia divina por encima de las tres personas de la Trinidad. El Padre es la substancia divina y la causa de la Trinidad, por lo que no habría absolutamente nada impersonal en Dios. Ni siquiera la *ousía* sería impersonal. En cierto modo, diríamos trazando un paralelo con Levinas, el Hijo o el Espíritu Santo son quienes impiden el ensimismamiento del Padre. Sin embargo, la teoría del Padre como origen es rechazada por el siguiente autor, Greshake, ya que cree que esto hace prevalecer una ontología del Uno, a la que rechaza por considerarla de origen pagano. Se centra más bien en el concepto de *communio* entre las personas divinas, que se hace extensible libremente al ser humano. El autor establece aquí un diálogo entre Zizioulas y Greshake. Esta es uno de los momentos más cruciales del libro, ya que una de las propuestas del autor para una ontología trinitaria pasa, precisamente, por un intento de conciliación entre ambos teólogos.

En la cuarta y última parte, el autor juzga las diversas ontologías recorridas. El juicio es claro: las ontologías inmanentes, declaradas como paganas, no superan el contraste con la alteridad como criterio de validez; las ontologías trascendentes de la filosofía judía son adecuadas para superar el criterio inmanentista; finalmente, las ontologías de la alteridad cristianas matizan la trascendencia con el concepto de comunión, que evita definitivamente la supresión de la alteridad en una totalidad y permiten la unión. Como ya se ha señalado, nuevamente se repite el esquema de paganismo como tesis, judaísmo como antítesis y cristia-

BIBLIOGRAFÍA

nismo como síntesis. A continuación, sigue el intento de conciliación ya mencionado, para concluir con algunas propuestas fundamentales para toda ontología trinitaria futura, que diríamos parafraseando a Kant. Resumidas de manera muy general, estas serían: primacía de la alteridad, comunión, gratuidad y asimetría del amor, entrega y sacrificio. Sería de interés una exposición más amplia y sistemática de estos fundamentos, que claramente prefiguran lo que ha de ser otra obra posterior.

El libro tiene el mérito de abordar una especialidad frecuentemente descuidada en el ámbito académico hispano: la ontología. Además, es recomendable para el estudio de la ontología y de las categorías de alteridad y relación en la filosofía del siglo XX, ya que la exposición (a salvo los inevitables tecnicismos propios de la disciplina) es clara y precisa, virtudes nada desdeñables en este ámbito. Al mismo tiempo, no se trata de una simple presentación de los sistemas de otros autores, sino de un profundo análisis teológico-filosófico con miras a la edificación de una ontología relacional basada en el cristianismo. [Roger Castillo, Luis Gonzaga]

Mèlich, J.-C. *La condición vulnerable. Ensayo de filosofía literaria II*. Barcelona: Fragmenta, 2022. 108 pp. Traducción de Marta Rebón desde el catalán.

Joan-Carles Mèlich ha sido ganador del Premio Nacional de Ensayo 2022 con la obra *La fragilidad del mundo* (2021), de preocupación común al libro reseñado. Mèlich es un interesantísimo filósofo que expresa de forma bastante accesible cuestiones de hondura, con una sensibilidad similar a la que podemos encontrar en filósofos franceses más crípticos como Jean-Luc Nancy, de quien se publicó póstumamente en español *La frágil piel del mundo* (2021).

La condición vulnerable es una traducción del original catalán del año 2018. Como indica el subtítulo –*Ensayo de filosofía literaria II*–, se trata de la continuación de otro ensayo anterior publicado en castellano también durante el 2022: *La experiencia de la pérdida* (orig. catalán 2017). Este libro breve e intenso podría merecer quizá una reseña más poética y narrativa. Sin embargo, esta obrita requiere igualmente tenerse en cuenta desde la intensidad que el autor imprime a los temas que aborda, todos ellos desde el eje vectorial de la vulnerabilidad. De este manera, esbozo esta reseña impregnado por el clima filosóficamente grave en el que él mismo nos introduce. A pesar de la extensión del ensayo no es recomendable leerlo en una tarde, sino sopesarlo con la serenidad de una serie de momentos de silencio, a los que sería bueno añadir algunas conversaciones para meditar, integrar, discutir y jerarquizar las ideas del autor.

